

AMARLA DEMASIADO

Tal vez porque la canción que acababa de escuchar en la radio, “Nights in White Satin” de los Moody Blues, fue la última melodía que bailamos abrazados, o porque aquel crepúsculo de color naranja y rojo había sido tan espectacular como el que compartimos antes de separarnos, de repente me vino a la memoria la imagen de sus labios entreabiertos estampados en carmín en la última hoja del libro que me regaló, sellando su nombre, Eva Jiménez y la frase “Con todo mi amor”. No recuerdo muy bien el motivo del obsequio, quizás era mi cumpleaños o mi santo, no lo sé. Hace tanto tiempo de eso... Pero su personal forma de dedicármelo me emocionó de nuevo, quince años después de haberla perdido. Por eso sentí la necesidad urgente de volver a ver aquellos labios de papel y pasé más de dos horas revolviendo todos los libros de mis estanterías, hasta que un sentimiento, mezcla de desesperación y terror, se apoderó de mi ánimo: el libro había desaparecido como por encanto y con él, se esfumaba el último recuerdo real que de ella conservaba, la última noche, el último brindis enlazando nuestros brazos y bebiendo el tiempo en sus ojos, mientras saboreábamos juntos aquel excelente Moët & Chandon.

“Tenía que huir de mí” –me dijo-, que me había convertido en su obsesión, que a todas horas ansiaba estar a mi lado, besarme y sentirse poseída y ese pensamiento la estaba devorando. No podía trabajar, no podía dormir, no podía dejar de pensar en mí. Por eso tenía que alejarse. Por eso se decidió a colaborar con una ONG y se marchó a Namibia. En ningún momento pensó en el daño que me estaba haciendo cuando tomó aquella decisión y creo que la llegué a odiar por ello de tal modo que después de leer sus cartas, las rompía en mil pedazos, con toda la furia de no tenerla conmigo, con toda la rabia de no poder amarla hasta el amanecer, con toda la desolación de sentir el vacío de su ausencia en mi inmensa cama de hielo.

Pero la distancia acabó amortiguando el dolor; sus cartas cada vez eran menos frecuentes, hasta que dejaron de llegar, ocho años después. Entonces me dirigí a la ONG para saber si le había pasado algo y me informaron que no, que la habían trasladado a otro poblado, donde su ayuda era más necesaria y en el que las comunicaciones eran mucho más difíciles, pero que

estaba bien. Eso apaciguó mi inquietud y llegó un momento en el que ya no me dolía pensar en ella. Quince años es mucho tiempo y reconozco que llené su vacío con otros devaneos que no llegaron a calarme tan hondo. En realidad, pienso que ninguno de ellos llegó ni siquiera a traspasar mi piel, que se había auto-erigido en una coraza protectora que tan solo permitía el puro desahogo físico, protegiendo mi corazón y mi alma contra cualquier intrusa que pretendiera desalojar de allí al amor de mi vida.

Era la tarde de un sábado, otra triste, melancólica y desesperante tarde que se me escapaba entre los dedos como se me iba escapando la vida, lentamente. Agobiado por la pesadumbre y la decepción de haber extraviado el libro, salí de casa y me dirigí a la de mis amigos Juan y Nuria, una pareja que había sobrevivido al paso de los años y parecía tan feliz como el primer día. Habíamos quedado a cenar con otro matrimonio, Luis y Rosa y la hermana de ella, que se había divorciado recientemente. Nos presentaron, pero al instante noté que no había chispa entre nosotros dos, porque sus primeras palabras fueron bruscas y carentes de la más elemental cortesía.

Alrededor de la mesa hablamos y hablamos, del tiempo y otras nimiedades, mientras saboreábamos una deliciosa cena preparada con todo el saber hacer del que Nuria tenía fama. Luego llegaron los postres y yo aporté dos botellas de Moët & Chandon, el mismo que solía beber con Eva y al que he sido fiel desde entonces. A la hora de brindar, me asaltaron otra vez las memorias: su rostro, sus húmedos ojos, su sugerente sonrisa..., en un flash que me desconcertó y me trasladó a miles de kilómetros de allí, a algún lugar perdido en la selva africana, a algún poblado con chozas de cañizo y paja en el que los indígenas convivían con serpientes, arañas, hormigas, moscas, mosquitos y otros bichos repugnantes. La sensación fue tan intensa que todos se dieron cuenta de que se había desatado una tormenta en mi interior y estaba a punto de naufragar en aquel mar de desesperación. El champán no había cambiado, pero probablemente nosotros ni podríamos reconocernos si, casualmente, nos cruzáramos por la calle. Yo había perdido casi todo el pelo y, en contrapartida, ganado diecisiete kilos. Y Eva ... ¿Cómo

sería ella en la actualidad? ¿Estaría tan guapa como yo la recordaba? ¿Seguiría pensando en mí en alguna noche de insomnio? ¿Todavía...

Tuve la necesidad de apartarme del grupo y salir a la terraza con la esperanza de que el aire fresco de la noche alejara de mí aquella honda melancolía. Quince minutos después, se me aproximó Nuria y me hizo volver con los demás, porque su marido había empezado a actuar: tenía una gracia innata para explicar chistes y no solo los contaba, sino que los representaba con todo el saber hacer de un exitoso comediante; pensé que podría haberse dedicado a ello y ganarse mejor la vida que como chupatintas en una oficina cutre y trasnochada. Les hizo reír hasta desencajarles las mandíbulas, con su natural desparpajo, pero yo no tenía ganas de chistes. Estaba tocando fondo y enfrentándome a otra etapa de depresión de la que tanto me costaba salir. Solo deseaba que finalizara la velada cuanto antes, regresar a casa, agarrar la botella de Johnny Walker y bebérmela, aunque al siguiente día tuviera resaca y sintiera la cabeza golpearme como un tambor, como un maldito tam-tam de Namibia...

Pasada la media noche, Rosa sugirió hacer una sesión de espiritismo, a lo que yo me opuse enérgicamente, porque nunca he creído en esas estupideces de espectros que mueven objetos. Pero ante las protestas de todos, tuve que aceptar a regañadientes.

Improvisaron el escenario con un vaso boca abajo, una tira de papel con números del cero al nueve y otra con el abecedario. Yo los miraba, ausente, pensando qué demonios estaba yo haciendo allí y por qué acepté la invitación a cenar cuando, en realidad, lo que necesitaba era estar a solas con mi Johnny Walker.

Alguien abrió la segunda botella de cava, llenamos nuestras copas para brindar y cuando Rosa pronunció el tópico de “los presentes y los ausentes”, yo añadí: “¡por ella!”

Juan y Nuria sabían a quién me refería. Me miraron sonriendo en complicidad. Los demás, en cambio, pusieron cara de interrogante.

Y empezó la sesión. Colocamos la yema del dedo índice sobre el vaso y el primer intento acabó en un estallido de carcajadas. Pero Rosa no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad

de mostrar sus dotes como médium, se puso seria y nos ordenó que nos concentráramos. Hizo una especie de ritual introductorio, pronunció unas palabras en latín y, cuando ya volvía la hilaridad entre nosotros, de repente, el vaso empezó a moverse desquiciadamente, arrastrando nuestros dedos. Entonces, nuestra médium controló la situación con una orden seca que lo paralizó. Nosotros estábamos pasmados, aterrados ante la presencia de algo sobrenatural e incomprensible. Teníamos un contacto. Rosa le hizo varias preguntas y el vaso inició su recorrido por el abecedario: era una mujer de treinta y ocho años, que había muerto hacía seis a causa de una enfermedad desconocida. Cuando Rosa le preguntó su nombre, el vaso, para mi horror, fue deletreando “E v a J i m e n...”. No recuerdo nada más. Creo que perdí el conocimiento. Cuando me recobré, estaba sentado en el suelo, como despertando de una pesadilla; el vaso había estallado y todos estaban a mi alrededor expectantes.

- Era ella, ¿verdad? –me preguntó Juan

Asentí sacudiendo la cabeza, sin poder reprimir la emoción que se me anudaba en la garganta y me estaba asfixiando. Conseguí incorporarme y bebí un vaso de agua. Todos los días albergaba la esperanza de volver a tenerla conmigo, pero Eva había elegido quebrar su vida y ahora acababa de hacer añicos la mía.

Sí. Es cierto que por fin había vuelto a mí. Sentía su presencia fría e intangible, pero la cruda realidad era que ya nunca volvería a estrecharla entre mis brazos, a sentir el calor de su cuerpo, a besarla y acariciarla... Estos pensamientos acabaron hundiéndome en un río de lágrimas, porque, a pesar del amor que aún guardaba dentro de mí, tuve que rendirme a la evidencia de que Eva ya solo era un fantasma, un recuerdo que me acompañaría durante toda mi vida. La amé demasiado. Ahora tendría que aprender a vivir sin ella.

Francisco Artacho